



A 50 Años de la Desaparición del Canónigo Román

El canónigo don Manuel Agustín Román, de modesto origen provinciano, a no medir su inteligencia privilegiada y su amor al trabajo, habría permanecido en el anonimato, porque en su tiempo sólo prosperaban los sacerdotes pertenecientes a la aristocracia chilena.

Nacido en Santiago en 1834, se educó en el Seminario de San Pedro Damiano, donde para los niños pobres, su tío don fue la única fuente que le otorgó una vez ejemplar de un libro (1841), el ejemplar del magisterio como profesor de latín, al rectorado del colegio en que se había educado, y a los años cargos en la curia eclesiástica, hasta el de vicario general de tres arzobispados (1869-1870), honor que no lo logró jamás otro sacerdote chileno, y a la canonjía de la Iglesia Catedral de Santiago.

Gras de la confianza de tres arzobispos de caracteres y mentalidades muy distintas: Casanova, González Eyzaguirre y Ercaburu, a todos sirvió con el mismo respeto, obediencia y abnegación; pero sin perder su libertad e independencia; y así, cuando en 1870, el Sr. Arzobispo Mons. Marín Milla, quiso otorgar los sacramentos del sacramento a los jesuitas, el vicario Román anunció su renuncia al prelado al decirle que los jesuitas eran contrarios a la Compañía de Jesús, medida que, finalmente, no se tomó. En virtud de esta medida, en la ciudad de Concepción, donde se encontraba, se le permitió ir a la ciudad de Valparaíso, y pasar el resto de su vida en la ciudad de Valparaíso.

En el Catedral Metropolitano vivió un grave conflicto con el Estado en 1890, a raíz de la decisión de volver a regular a la muerte de Mons. Casanova. Con su persona acortada y poco juiciosa, demandó al Catedral para que no entrara al Ministerio del Culto una lista de personas o de extranjeros, por haber mandado al Estado Italiano un escrito en el cual decía que "arrestaba" la elección de vicario regular recien- te en el futuro Arzobispo Mons. don Juan Ignacio González Eyzaguirre. Tal término era alarmante contra la libertad de la Iglesia; pero el obispo del Catedral había provocado un hecho tan o más grave que el de 1870, cuando el Sr. Arzobispo don Manuel V. Valdovinoso.

En el desempeño de la prebenda, Román fue penitente, y alcanzó el cargo de arzobispo y de vicario de diócesis, dignidades que tuvo hasta el día de su fallecimiento, ocurrido el 20 de septiembre de 1904, hace medio siglo.

Pero si la actuación sacerdotal del P. don Agustín Román tiene largas páginas de la historia eclesiástica chilena, su labor de humanista ilustra las de nuestra literatura nacional.

Además, además de prebenda, escribió en el siglo grandioso de la época literaria, panegíricos de santos obispos y sacerdotes, y prosa del fin-

cia, con mucha propiedad, "La mujer fuerte" de Mons. Landerret. En la revista de "Arte y Letras" (1887-1888) comenzó a publicar la revista católica de "Los Tránsitos", de Oviola, que años más tarde editó en un volumen. Más la tradujo en verso suizo, y logró reproducir con fidelidad el pensamiento del obispo poeta latino; en su libro al ritmo, en su primera ampliación; la verificación castellana conserva el tono "vital humano" y el estilo sencillo y "abundante" a que muchas veces se atribuye Oviola. Esta traducción y su clara presentación de profesor de latín, dieron a Román tanta gloria en el mundo de la lengua del latín que, a la fecha de su muerte, era respetado como nuestro primer latinista.

Durante dieciocho años editó la "Revista Católica" en su primera época. Con singular competencia, tuvo los mejores colaboradores entre los escritores del siglo y de los siglos. Acordó a los jóvenes eclesiásticos y seculares que en aquel tiempo iniciaban su vida literaria. Colaboraron en dicha publicación Gabriela Mistral y el sacerdote Luis Felipe Contreras. Ricardo A. Landerret se ocupó al inicio de la Revista, y en sus páginas comenzó la labor de crítica. Román como editor, presidente de la Academia de San Agustín y de la Latina Latina XII, en el Seminario, y director de la "Revista Católica" (1887-1890), ejerció un singular efecto en las nuevas generaciones literarias del siglo y del futuro. Uno de sus más apreciados alumnos fue Emilio Falcón, quien tradujo "La Esfera" impulsado por su maestro. Muchas veces recibió en la Revista Católica su labor más persistente fue la publicación del Diccionario de Chile, que insertó íntegro en sus páginas desde 1880 hasta 1904 para su publicación de autor.

En 1904 recibió desde Madrid el título de miembro correspondiente de la Real Academia Española en Chile. En 1914, cuando don Ramón Menéndez Pidal organizó la Corporación en nuestro país, Román fue uno de sus primeros integrantes. El Boletín de la Academia da testimonio de los trabajos realizados por el Sr. Román. Poco después fue honrado con el cargo de Arzobispo Romano. Es notable su ensayo sobre "La Lengua del Quirón y la de Chile".

En la Biblioteca de Escritores de Chile publicó, en 1903, la Antología de nuestros escritores sagrados, con un prólogo en el cual se propone probar, contra lo dicho por ciertos autores chilenos en 1890, que en nuestro país había escritores sagrados. Desafortunadamente no logró su cometido porque de los valiosos autores antológicos, sólo dos fueron escritores sagrados: el Obispo de Concepción, Mons. don José Hipólito Salas, y el canónigo don Esteban Muñoz Donoso; los otros valiosos son buenos predicadores con algunas excepciones excepcionales acortadas, y los más deben su fama a la benevolencia de don Manuel Antonio Román.

La obra que ha immortalado a nuestro autor, por la cual mereció los honores acadé-

micos, es el Diccionario de Chile, publicado en cinco grandes tomos en 1910, una vez terminada su inserción en la Revista Católica. Se trata más que de un diccionario de una verdadera enciclopedia del idioma popular e inventario de esta lengua. Corrige el léxico de la Real Academia, repara las locuciones viciadas de nuestro pueblo y las incorrecciones gramaticales chilenas y españolas, corrige acortando las palabras, anglicismos y barbarismos, y enmienda errores del léxico provincial de la península Ibérica. Desafortunadamente se interrumpió y se interrumpió; más, en muchos casos, es necesario para aceptar los nuevos verbos. Si hubiera sido Román se habría comprometido a realizar un verdadero diccionario en dos volúmenes; más, como dijo Nercessian y Mendi, una "Enciclopedia del idioma". Como obra humana no acabada, en este momento de sublevar, los errores, queda los principa-

les los las aproximaciones sobre del origen de algunas palabras, verbigracia: "tolo", "huaso", "paseo" y otras.

Con todos sus defectos, la Real Academia Española, en sus diccionarios ediciones del Diccionario oficial, ha aceptado más de mil correcciones verbales propuestas por nuestro lingüista en su léxico chileno, y en las palabras y acentuación, entre ortográficas y gramaticales, en las obras literarias ya editadas del Diccionario Histórico de la Lengua Española, nuestro autor figura como autor y editor. En el mundo chileno más mencionado como autor en sus obras.

El nombre del humilde sacerdote perdurará en la historia de la cultura chilena, junto a otros importantes trabajadores intelectuales como Diego Barros Arana, José T. Medina y Francisco Briceño Valdovinoso.

Fidel Ancochea Bravo

el Mar... 30 de Mayo de 1960 -

A 50 años de la desaparición del canónigo Román [artículo] Fidel Araneda Bravo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Araneda Bravo, Fidel, 1906-1992

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A 50 años de la desaparición del canónigo Román [artículo] Fidel Araneda Bravo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile